

La anciana y el robo del fuego.
Tipología y distribución de las variantes del mito¹

The Old Woman and the Theft of Fire.
Types and Distribution of the Variants of the Myth

Óscar ABENÓJAR
(Hankuk University of Foreign Studies)
oscarabenojar@gmail.com
ORCID ID: 0000-0002-6612-6154

ABSTRACT. This work examines a series of short narratives dealing with how fire was obtained with the help of an old woman. To this end, some versions documented in the Mediterranean, Oceania and America are studied, and, furthermore, the most significant variants of the myth are described.

RESUMEN. En este artículo presentamos una familia de relatos acerca de la obtención del fuego por mediación o con el auxilio de una anciana. Se revisan varias versiones que han sido documentadas en el Mediterráneo, en Oceanía y en América, y se describen, además, las ramas y variantes más significativas del mito.

KEYWORDS: fire, theft, myth, old woman, cane

PALABRAS-CLAVE: fuego, robo, mito, anciana, bastón

Tal vez haya pocos mitos tan universales como los que explican la manera en que la humanidad adquirió el fuego. En virtud de su extraordinaria dispersión y su presencia en muchas culturas, no es de extrañar que se conozcan numerosas ramas e incontables versiones de cada rama. De hecho, la variedad de tipos, subtipos y paralelos que se conocen es de tal magnitud que puede resultar desconcertante. Por un lado, porque muchos de estos relatos se han mezclado con otros que nada tienen que ver con el origen del fuego; pero, además, porque algunas ramas del mito se encuentran desperdigadas por una geografía muy vasta, y muy fragmentada también. A menudo las versiones más o menos semejantes se hallan separadas unas de otras por miles de kilómetros de distancia, en culturas muy remotas, en lenguas muy diferentes, sin que se conozcan otros testimonios en regiones intermedias.

Tan heterogéneas son, en definitiva, estas narraciones que puede decirse que el único denominador común es que todas ellas intentan dar cuenta de la etiología del fuego, lo que es una base argumental muy general y laxa. En contraste con esa gran diversidad de argumentos, el elenco de personajes que pueblan estos relatos resulta bastante reducido. En la mayoría de ellos intervienen dos figuras antagónicas: un guardián de las

¹ Agradezco la ayuda y las observaciones de José Manuel Pedrosa y José Luis Garrosa.

llamas —que suele ser una deidad, un demonio o una anciana— y un ladrón del tizón, que es, por lo general, un *trickster* animal de pequeño tamaño, un héroe o, en algunos casos, también una vieja.

En este artículo vamos a centrarnos, específicamente, en las ancianas, ya sea en funciones de guardianas de la lumbre o de ladronas del fuego. Pero, antes de empezar nuestro estudio, resulta obligado decir que la relación mítica entre las mujeres y las llamas ha quedado atestiguada en muchas tradiciones y desde tiempos inmemoriales. De la divinidad celta Brigid se decía, por ejemplo, que era protectora de la lumbre perpetua y que había venido al mundo con una llama sobre la cabeza; de la romana Vesta, que velaba por el fuego eterno²; a la griega Hestia le estaba encomendado el fuego del hogar; y un mito pseudo-homérico narra cómo Démeter quemaba cada noche las partes mortales del hijo de Metanira³. El asunto de las guardianas de la lumbre en las mitologías universales podría dar, efectivamente, para varios volúmenes monográficos, pero aquí vamos a centrarnos específicamente en los relatos etiológicos que explican cómo la humanidad adquirió el primer fuego por mediación de una anciana⁴.

Empezaremos nuestro recorrido prestando atención a un mito cabilio que yo mismo tuve ocasión de grabar hace unos años en tierras argelinas. Conoceremos a continuación un paralelo provenzal, prácticamente idéntico al magrebí, y nos acercaremos después a otra versión —argelina y bereber, como la primera, pero ligeramente diferente de las anteriores. Una vez que hayamos presentado esos tres testimonios, nos desplazaremos a miles y miles de kilómetros del Mediterráneo occidental para conocer otras variantes y otras versiones en las remotas culturas australianas, melanesias, polinesias y americanas.

LA ANCIANA Y EL ROBO DEL FUEGO EN EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

Hace unos años, mientras registraba narraciones orales en el norte de Argelia, una informante de sesenta y siete años, originaria del municipio cabilio de Attouche, me refirió un breve relato acerca de cómo una anciana astuta había logrado sustraerle el fuego al mismísimo Diablo. La narración me fue referida íntegramente en la variedad de bereber característica de la Gran Cabilia, y decía así:

Antaño los hombres no tenían fuego, y además era muy difícil comprarlo, porque solo lo tenía el Diablo y solo él podía venderlo.

Un día la vieja del pueblo cogió su bastón y se fue a buscar el fuego a la fragua del Diablo.

Llamó a la puerta, se acercó a él y le preguntó:

—¿Cuánto cuesta ese fuego? Y ¿ese otro? ¿Cuánto cuesta este de aquí? Y ¿el de más allá?

Fue preguntándole el precio de todos los tipos de fuego, y el Diablo le iba respondiendo uno por uno:

—Pues, mira, ese cuesta tanto; y ese otro cuesta tanto...

Cada tipo de fuego tenía un precio diferente.

Y al final, cuando terminó de preguntarle los precios de todos, la vieja le dijo:

—¡Son muy caros! No puedo permitirme comprar fuego.

² Sobre la relación entre estas y otras figuras femeninas y el fuego sagrado, véase Hopkins (1998: 19-20). Para la asociación simbólica entre el fuego culinario y las mujeres, consúltese Pedrosa (2003: 40-41).

³ Para un estudio acerca de estos bautismos míticos por el fuego, véase Pedrosa (2000: 157-176).

⁴ Examinando las versiones de *Myths of Origin of Fire* (Frazer, 1930), Patrick Hopkins (1998: 19-20) también llegó a la misma conclusión de que existía una familia de mitos de origen del fuego protagonizados por ancianas.

Y regresó al pueblo. Nada más llegar, les dio a los hombres un tizón que le había robado al Diablo.

Al ver que los hombres tenían fuego, el Diablo se quedó con la boca abierta... Por todas partes había gente que tenía fuego. ¡Había lumbre en todas las casas! Se quedó pasmado. El fuego era muy caro, y no se explicaba cómo habían podido permitirse comprarlo.

Así que fue a ver al sultán del pueblo y le preguntó:

—¿Se puede saber qué habéis hecho para conseguir fuego?

Y el sultán le respondió:

—Y ¿me lo preguntas a mí? Yo no tengo ni idea. ¿No ha ido nadie a tu casa? ¿Nadie ha ido a pedírtelo? ¿No se lo has dado a nadie?

—No, no se lo he dado a nadie —respondió el Diablo—. Pero, ahora que lo dices, vino una vieja al zoco y empezó a preguntarme los precios de todos los tizones mientras iba tocándolos con su bastón de caña. En cuanto terminó de preguntarme todos los precios, me dijo que eran muy caros y que no podía permitirse ninguno, y luego se marchó.

El sultán le dijo:

—Pues entonces está claro. Fue esa mujer la que te robó el fuego. Te lo robó y lo escondió dentro de su bastón de caña. ¡Fue ella la que te engañó!

Resulta que la anciana y el Diablo habían hecho una apuesta; él presumía de ser el Diablo y decía que nunca conseguiría engañarlo. Y ella, en cambio, le decía que era una vieja y que conseguiría vencerlo.

Desde aquel día, todo el pueblo supo que la vieja había engañado al Diablo. ¡Le había tomado el pelo!

Mi cuento, al río, al río...

¡Os doy una rama de dátiles

para que nos la comamos juntos!⁵

Hace ahora ciento treinta años, el etnógrafo y médico, natural de la Provenza francesa, Laurent Jean Baptiste Bérenger-Féraud, anotó otra versión de este mito en los alrededores de Toulon. En el encabezado del texto (Bérenger-Féraud, 1891: 129) el etnógrafo francés señaló que versiones como aquella eran frecuentes tanto en el litoral de Provenza como en el de Argelia, pero ignoramos si, al mencionar «Argelia», se refería a la tradición oral de la comunidad magrebí o a la de los europeos residentes en la colonia.

Cabe señalar que Bérenger-Féraud retocó mucho aquella versión provenzal; incorporó frases enteras al texto y le dio un baño de estilo letrado que contrasta mucho con la espontaneidad típica de la narrativa oral. Aun así, como puede apreciarse en la traducción que presentamos bajo estas líneas, las analogías con la versión bereber siguen siendo perfectamente palpables:

Un día Dios se enfadó con los hombres, porque se habían librado a todos los excesos. Se habían vuelto crueles y disolutos. Pero todo eso no habría sido tan grave para el Todopoderoso, si por lo menos no fueran tan glotones. Los hombres se daban atracones todos los días, incluso en cuaresma, témporas y maitines. El olor a fritanga y a asado era tan fuerte que llegaba a molestar a los que estaban en el paraíso.

Entonces Dios, malhumorado, dijo:

—No quiero que los hombres vuelvan a tener el fuego a su disposición. Si no lo tienen, no podrán cocinar sus alimentos y no podrán darse más banquetes. Así serán castigados por su pecado.

⁵ Traduzco la versión, en cabileño, registrada a F. D., de sesenta y siete años, el 12 de marzo de 2014 en el municipio argelino de Attouche (vilayato de Tizi Ouzou).

Todos los fuegos del mundo se apagaron al instante, y los hombres no pudieron conseguir ni una chispa. No les quedó más remedio que comerse los alimentos crudos, y las cocinas se quedaron desiertas. ¡Ya no había más sopas ni asados ni café! ¡Era imposible fumar! La tierra se volvió un lugar tan triste como una tumba, como un cuerpo sin alma.

Los humanos caminaban como bestias, comían sin placer, y lo hacían solo para saciar el apetito. Ya no se escuchaban bromas, ya no había fiestas. El aburrimiento se apoderó de la tierra. Hasta el amor se volvió algo insulso.

Pero entonces sucedió algo inesperado. Los hombres, que ya eran como bestias, se alejaron aún más de la religión, lo cual provocó una gran tristeza en Dios y sus santos. ¿Cómo podrían salir de aquel atolladero?

El más poderoso de los ángeles, el hermoso Gabriel, le dijo a Dios:

—Señor, se me ha ocurrido una idea. Si me lo permites, voy a bajar a la tierra con unos carbones en llamas y me presentaré ante los hombres como si fuera un vendedor de fuego. Enseguida les entrarán muchas ganas de comprarme la mercancía. Pero yo se la daré solo a condición de que me prometan que vivirán de manera devota.

La idea fue aceptada, y el ángel Gabriel partió inmediatamente. A la hora de la puesta de sol llegó a una aldea vecina, se acuclilló ante de unos trozos de carbón encendidos y se puso a esperar a que llegaran los clientes.

Los que vieron el fuego se pusieron muy contentos, y el arcángel tuvo enseguida una multitud frente a él.

—No pido ni oro ni plata —les dijo Gabriel a aquellos que querían comprarle el fuego—. Estos carbones encendidos serán vendidos a cambio de la promesa de llevar una vida devota.

Le ofrecieron plata, oro, telas preciosas, joyas, tierras, ganado... Pero nadie tuvo la valentía de ofrecerle devoción. El arcángel no les vendió ni la más mínima chispa.

Hasta allá se acercaron desde los más ricos hasta los más modestos. Como no podían pagar el fuego con dinero, algunos intentaron quitárselo por la fuerza. Pero no les quedó más remedio que desistir y regresar a sus casas sin la más mínima chispa.

Caía la noche y ya no quedaba nadie en el mercado. El arcángel, triste, se disponía a regresar al paraíso. Pero entonces apareció una vieja que caminaba apoyada en un bastón.

—¡Buenas noches, alegre dueño del fuego! Soy una pobre vieja cargada de años y de miseria. Por favor, dame como limosna un poco de ese fuego que veo brillar ante ti —dijo ella mientras tocaba con su bastón un carbón encendido.

—Yo no regalo mi fuego a nadie. Lo vendo —dijo el arcángel—. Y estoy dispuesto a vendérselo incluso al más pobre, solo a cambio de devoción y virtud.

—Ya que pides tanto por este pedazo, que, por cierto, no tengo ninguna intención de comprar, dime, ¿a cuánto vendes este de aquí? —dijo ella tocando con su bastón otro carbón.

El arcángel volvió a responder lo mismo.

La vieja tocó un tercer carbón y se marchó mascullando algo entre los dientes. Ya había caído la noche y ya nadie se acercaba por allí a regatear por el fuego. El arcángel volvió a ascender al paraíso, muy triste, para contar cómo había fracasado su plan.

A medida que iba hablando, un olor a fritanga y a asado empezó a extenderse por la morada de los santos. El ruido de las canciones, de las bromas, y el olor a tabaco llegó hasta el trono de Dios.

Al instante el Todopoderoso echó un vistazo a la tierra. En lugar de la oscuridad que había reinado los días anteriores, vio miles de fuegos que brillaban por todas partes. Por aquí se veían sartenes con aceite hirviendo donde se doraban buñuelos o pescado; por ahí brochetas, cargadas de piernas de cordero, de aves de corral, de carne de caza, que giraban y chirriaban; por allá innumerables ollas, de donde salía un olor humeante a estofado. Las pipas y los cigarrillos ardían soltando un humo azulado...

¿Qué había sucedido? Pues que una mujer se la había jugado al arcángel. En realidad, la vieja no tenía ninguna intención de comprarle el fuego. Había prendido su bastón tocando los carbones con un palo de cañaheja. Gabriel pensaba que el bastón era un trozo de madera duro que le servía para sostenerse mientras caminaba, pero la muy astuta había conseguido encender la médula de la cañaheja, ese palo en el que se suele conservar el fuego en nuestros campos.

El arcángel se quedó muy decepcionado. En aquel momento habría querido apagar el fuego con una lluvia y haber ahogado después a la humanidad, como el diluvio de los tiempos de Noé. Pero al Señor, en su bondad infinita, le entró la risa al pensar en la jugarreta que le había hecho la vieja. Perdonó a la especie humana, y prefirió soportar los olores de la cocina, el ruido de las canciones picaronas o báquicas, en las cuales a veces hasta pronunciaban su nombre de manera irrespetuosa, o ser molestado por humo del tabaco antes que ver cómo los hombres se volvían salvajes por haber sido privados de fuego, quedándose mudos y taciturnos (traduzco de Bérenger-Féraud, 1891: 129-131).

Regresaremos ahora a tierras argelinas para conocer este otro paralelo bereber que me narró una informante de veinticuatro años originaria del municipio cabilio de Azazga, a escasos treinta kilómetros de donde registré la primera versión:

Había una vez, hace mucho, mucho tiempo, un pueblo de paganos que había sido maldecido. Dios, que estaba furioso por su herejía, decidió castigar a sus habitantes privándolos de fuego durante los inviernos.

Los días fueron pasando, y la temperatura iba bajando cada vez más, hasta que un día el frío se hizo insoportable. Muchos aldeanos murieron; y los que aún quedaban con vida probaron todos los medios posibles para hacer fuego, pero ninguno dio resultado. Los habitantes de los pueblos vecinos no quisieron ir a ayudarlos.

Un día un demonio se acercó a la aldea y les propuso fuego a cambio de toda la sal que tuvieran. Pero se trataba de una trampa, porque la sal les servía para mantener alejados a los malos espíritus. La ponían por todas partes; en las chimeneas, cerca de la puerta principal, debajo de los cojines o sobre los labios de los recién nacidos.

Los aldeanos aceptaron el trato sin sospechar lo que estaba tramando. Nadie se dio cuenta del enorme peligro que corrían; nadie, salvo una anciana, que era muy devota. Sabía que aquel que les había visitado no era un verdadero demonio; solo era un genio pequeño, porque los de verdad, los que eran fuertes y poderosos, eran invisibles, y por lo tanto nadie habría podido siquiera oírlo hablar. En cambio, los genios, ya fueran débiles o fuertes, podían adoptar cualquier forma, fuera la que fuera, incluso la de su gran maestro, que era Satán.

La vieja se fue a ver a aquel falso demonio y le dijo:

—Si de verdad aspiras a ser un genio poderoso, deberías seguir mis consejos.

—Y ¿quién te ha dicho a ti que yo no soy poderoso, viejo cascarón? —respondió él.

La vieja le preguntó:

—¿Cómo te atreves a hablarle de esa manera a una bruja? ¿Acaso no sabes que yo sería capaz de averiguar si eres un verdadero demonio y no un simple genio? ¿No sabes que tengo a mi servicio partidas enteras de genios, que son mucho más fuertes que tú y que podrían destruirte en un abrir y cerrar de ojos?

—¡Perdóname, por favor! —dijo el genio—. No tenía ni idea.

Ella continuó:

—Está bien. Dime, ¿te gustaría ser más poderoso?

—¡Pues claro que sí —respondió él—. Pero, dime, ¿por qué quieres ayudarme? ¿Por qué te preocupas por mí?

Ella le respondió:

—Porque sé que tú eres más listo que los demás. Tú no tienes escrúpulos; has engañado a los aldeanos para liberar a tus hermanos. Te necesito a mi lado. Pero, dime, ¿estarías dispuesto a sacrificar a los demás genios del pueblo?

Él le respondió:

—¡Claro! Sería capaz de cualquier cosa con tal de ser poderoso.

—Entonces perfecto —dijo la vieja—. En ese caso, reúnelos a todos. Yo os estaré esperando en medio del bosque hasta el amanecer de la tercera luna llena.

La noche de la fecha señalada los genios acudieron a la cita. Nada más llegar, la vieja los rodeó con sal y los dejó atrapados; no podían escaparse. Luego comenzó a rociarlos con agua de mar que había sido bendecida con algunas aleyas del Corán.

Los demonios se hicieron pequeños. Perdieron todas sus fuerzas. Salieron ardiendo y empezaron a morir uno por uno.

Entonces ella sacó su bastón de caña y lo prendió con el fuego que salía de los genios.

Y así fue cómo la vieja engañó al falso demonio...

A continuación les llevó el fuego a los aldeanos, y se pusieron muy contentos. Se arrepintieron de haber sido paganos y dieron gracias a Dios por haberles enviado a aquella anciana para que les ayudara⁶.

LA ANCIANA Y EL FUEGO ROBADO EN AUSTRALIA, MELANESIA Y POLINESIA

Los relatos que acabamos de conocer pertenecen a una rama específica del mito de la vieja engañadora del Diablo que ha pervivido en pequeños reductos en Argelia y en el sur de Francia. Pero no son estos, ni mucho menos, los únicos testimonios del relato de la obtención del fuego por mediación de una anciana. Como apuntábamos ya al inicio de este artículo, las dos versiones bereberes y la provenzal forman parte de un complejo narrativo muy vasto y muy heterogéneo del que han quedado reductos dispersos por los continentes americano, europeo y oceánico.

En este apartado vamos a acercarnos a las tradiciones indígenas de Oceanía para conocer otras variantes del mito. Empezaremos nuestro itinerario por Australia, en cuyo vasto territorio es posible identificar dos grandes familias de *La anciana y el robo del fuego*⁷. Según una de ellas, una vieja mítica ascendió hasta la cima de una colina, recogió un tizón y regresó a su aldea para entregárselo a los hombres. El segundo subtipo narra cómo una vieja avara era la dueña del único fuego que había en el mundo, y lo guardaba en el interior de su bastón. Un pájaro (o una muchacha, según otras versiones) urdió un plan para conseguir que el cayado se partiera y así hacerse con unas brasas.

Tal vez el motivo del fuego escondido en el bastón de la anciana sea una de las analogías más sugerentes entre los testimonios oceánicos y los mediterráneos que hemos conocido en el apartado anterior. Pero, desde luego, no se trata de la única; y enseguida vamos a descubrir muchas más.

Esta versión, por ejemplo, fue anotada hace ya casi un siglo y medio en el valle del Yarra, en las proximidades de Melbourne:

⁶ Traduzco la versión, en cabilio, que me proporcionó Sirina Hamécha, de veinticuatro años y oriunda de Azazga (valiato de Tizi Ouzou). En este caso, la narradora precisó que había escuchado el relato de boca de su prima —también originaria de Azazga— cuando esta última se lo estaba contando en árabe a su hijo. Versión registrada el 23 de marzo de 2016.

⁷ Patricia Panyity Waterman indexó hasta cuatro ramas diferentes del mito entre los aborígenes australianos (véase Waterman, 1987: núms. 910B, 1540.1, 189.5 y 1930.1). En algunos casos, la anciana es la ladrona del fuego y en otros la guardiana.

Hace mucho tiempo vivía una anciana que se llamaba Karakarook que era la única en el mundo que sabía hacer fuego. Lo guardaba en la punta de un bastón de ñame, que utilizaba, como las demás mujeres indígenas de Australia, para escarbar en busca de raíces, insectos y lagartos que pudieran servir de alimento a su familia. No quería darle fuego a nadie.

Pero a la corneja se le ocurrió un plan para quitárselo. Como sabía que a la mujer le encantaban los huevos de hormiga, cogió un montón de serpientes, las metió en un hormiguero y le dijo que fuera a sacar huevos.

En cuanto hubo escarbado un poco encontró las serpientes. La corneja le dijo que las matara con su bastón de ñame. Y así lo hizo. Empezó a darles golpes, pero entonces el fuego se cayó del bastón en que estaba escondido. Al instante la corneja recogió el fuego y se escapó.

Pund-Jel, el creador de los seres humanos, colocó a la anciana en el cielo. Y allí sigue brillando, en la constelación de las Siete Estrellas, que son las Pléyades (traduzco de Brough Smyth, 1878: 459)⁸.

Este otro paralelo fue narrado por los aborígenes de Kulkadone, en el distrito de Kalkadoon, en el noroeste de Queensland:

Dicen que hace mucho tiempo una tribu de negros se reunió en unas colinas sin árboles. Habían abatido muchos canguros y habían dejado los cadáveres esparcidos por el campo.

Entonces estalló una tormenta violenta, y un rayo fue a prender en la hierba seca de las colinas. El fuego se extendió, y muchos cadáveres de los canguros se asaron.

Cuando los hombres probaron la carne medio asada, les pareció mucho más sabrosa que la cruda, y enviaron a una vieja para que recogiera el fuego que aún quedaba bajo las colinas.

Al cabo de un rato la anciana regresó con una tea encendida. Y desde aquel día fue designada como guardiana permanente del fuego. Los ancianos de la tribu le ordenaron tajantemente que no dejara nunca que se apagara.

Durante muchos años la mujer realizó la tarea que le habían confiado. Pero una noche, durante la temporada de lluvias, el agua inundó todo el campo. Aquel día la vieja bajó la guardia, y el fuego se extinguió.

Como castigo por su descuido, fue condenada a vagar sola por el monte hasta que volviera a encontrar el fuego que había perdido. Estuvo errando por el desierto, sin encontrar nunca ni una sola chispa. Hasta que un día, cuando atravesaba un matorral, arrancó dos palos de los árboles y se puso a frotarlos uno contra el otro con rabia.

¡Cuál fue su dicha cuando vio que salía fuego de la madera! La vieja regresó triunfante a su tribu con su valioso trofeo, y desde aquel día nunca más volvieron a perder el fuego (traduzco de Urquhart, 1885: 87).

Al norte y al nordeste de Australia, en el enjambre de islas y de atolones que conforman Melanesia, también conviven varios subtipos de *La anciana y el robo del fuego*. En el primer tercio del siglo XX, por ejemplo, los orokaiva, que vivían en el extremo sudeste de Nueva Guinea, explicaban el origen del fuego mediante cuatro relatos

⁸ El motivo de la anciana que esconde las brasas en su bastón se encuentra en muchos otros paralelos australianos y papúes. En algunos casos, el motivo del fuego oculto en el bastón se mantiene, pero el mito es ligeramente diferente. Véanse, por ejemplo, las versiones australianas publicadas por Massola (1968: 52), Hamilton (1885: 284-285), Howitt (1904: 430) y Ridley (1873: 278) y la papúa anotada por Hunt (1899: 19).

distintos. Entre ellos se encontraba una versión del mito de la anciana, como puede apreciarse en esta noticia publicada en un periódico local:

Hace mucho tiempo, los papúes no tenían fuego. Temblaban de frío cuando soplaban el viento del suroeste. Tenían que comerse los ñames y las malangas en terrones duros y crudos.

Pero ahora ya tienen fuego. En todos los pueblos siempre hay lumbre por la noche, y las mujeres cocinan los alimentos en recipientes de bambú, o bien en el suelo, con piedras calientes.

¿De dónde sacaron el fuego? ¿Quién se los dio? Algunos dicen que llegó del cielo; otros, que una vieja los escondió bajo su falda de hierbas. Algunos dicen que la cacatúa lo trajo en su pico, y otros, que un lagarto se lo pegó bajo la axila (traduzco de Tomlinson, 1929: 2).

Este otro paralelo melanesio fue recogido en las islas occidentales del Estrecho de Torres, entre Australia y Nueva Guinea:

Había una vez una vieja que se llamaba Serkar que vivía en Nagir y tenía seis dedos en cada mano. Tenía uno entre el pulgar y el índice, como todo el mundo en aquel tiempo.

Cuando quería hacer fuego, colocaba dos pedazos de leña, uno sobre el otro. Luego ponía debajo el dedo del fuego, y al momento la madera empezaba a arder.

Los animales de Moa solían ver el humo de Serkar. Sabían que ella tenía el fuego y estaban deseando conseguirlo.

Un día se reunieron todos para celebrar un consejo. Fueron la rana, la serpiente y los lagartos de diversas especies: el de cola larga, el enano, el doméstico y otros dos lagartos; cuyos nombres eran Si y Karom.

Todos estaban de acuerdo en que debían nadar hasta Nagir y traer el fuego. La serpiente fue en primer lugar. Lo intentó, pero la mar la arrastró con fuerza hacia la orilla. La rana fue la siguiente en intentarlo. Pero también tuvo que desistir por la fuerza de las olas. Le siguieron el lagarto enano, el de cola larga, el doméstico y el lagarto Si. Fueron lanzándose al agua, uno por uno, pero las olas los arrastraron a todos hasta la orilla.

Por fin, lo intentó el otro gran lagarto. Como tenía un cuello largo, podía mantener la cabeza fuera del agua, y así consiguió cruzar el estrecho y llegar hasta la playa de Nagir.

Una vez allí se dirigió hacia la casa de Serkar. Se la encontró sentada y entretenida, tejiendo una canasta. Ella se puso muy contenta al verlo llegar. Lo invitó a que se sentara y fue al jardín para buscar algo de comida para ofrecerle.

El lagarto de cuello largo aprovechó entonces para buscar el fuego por toda la casa. Pero no lo encontró, y se dijo para sus adentros: «¡Pero qué locos estamos en Moa! ¡Si esta no tiene fuego!».

Al rato la vieja regresó del jardín con comida y leña. Apiló dos leños, mientras el lagarto de cuello largo la miraba con atención. Vio que ella acercaba el dedo, y al instante la leña empezaba a arder.

Después la vieja se puso a preparar la comida. Cuando hubo terminado, echó un vistazo a la leña que ardía y la escondió bajo la arena, para no desperdiciar ni un tronco.

El fuego ya se había apagado completamente; no quedaba ni una chispa siquiera. Pero la vieja aún conservaba el fuego en su dedo.

El lagarto de cuello largo estaba deseando quitárselo y llevárselo a Moa. Así que, en cuanto hubo terminado de comer, le dijo:

—Muy bien, pues ya me marchó, que todavía me queda un buen trecho hasta Moa.

La vieja se ofreció a acompañarlo hasta la playa. Al llegar a la orilla, el lagarto le tendió la mano. Ella le ofreció la mano izquierda, pero él se negó a cogérsela.

—Haz el favor de darme la buena —dijo.

E insistió, hasta que terminó dándole la mano derecha, que era donde tenía el dedo del fuego. Entonces el lagarto se llevó el dedo a la boca, lo mordió y se lo arrancó. A continuación salió nadando en dirección a Moa.

Todos los animales, que estaban esperándolo en la orilla, se pusieron muy contentos al ver que traía el fuego. Después llevaron las llamas hasta Mer (que es una de las islas Murray).

Los animales se fueron al bosque, y cada uno de ellos tomó la rama que más le gustó. Le pidieron a cada árbol que cogiera un tizón. Uno de ellos se lo pidió al bambú, otro al hibisco, otro a la eugenia... y así todos.

Aquellos fueron los árboles que recibieron el fuego, y lo han conservado hasta hoy. De ellos los hombres sacan los arcos para hacer fuego (Haddon, 1908: 29-30).

Hace más de un siglo, el etnólogo británico Charles Gabrid Seligmann anotó esta otra versión en la localidad papúa de Wagga Wagga, ubicada en la bahía de Milne, en el sudeste de Nueva Guinea:

Hace mucho tiempo, antes de que los hombres tuvieran fuego, vivía una vieja en Maivara, en la cumbre de la bahía de Milne. Todos los niños y los jóvenes la llamaban Goga.

En aquella época la gente solía cortar los ñames y los taros en rodajas finas y luego los secaba al sol. La vieja se encargaba de preparar la comida para ella y diez hombres más.

Cada vez que ellos se marchaban a la selva para cazar cerdos salvajes, la anciana se ponía a cocinar su comida. Lo hacía con el fuego que guardaba en su propio cuerpo. Cuando terminaba, limpiaba muy bien las cenizas antes de que regresaran los jóvenes, para que no se enteraran de cómo cocinaba sus taros y sus ñames.

Pero un día un pedazo de taro cocido cayó por error en un cuenco de los jóvenes. Cuando estaban cenando, el más joven cogió aquel pedazo, lo probó y le pareció que estaba muy bueno. Se lo dio a probar a sus amigos, y a todos les gustó mucho, pues estaba más tierno que los demás. No se explicaban cómo podía estar tan bueno...

Al día siguiente, cuando se fueron a cazar al bosque, el más joven se quedó escondido en la casa y vio cómo la vieja ponía la comida a secar al sol. Pero cuando llegó el momento de preparar la suya, sacó fuego entre sus piernas y la coció.

Al cabo de un rato los muchachos regresaron y se pusieron a cenar. Entonces él les contó lo que había visto. Los demás pensaron que el fuego era muy útil y tramaron un plan para quitárselo.

Hicieron una competición para decidir quién iría a robarlo. Afilaron sus hachas, cortaron un árbol enorme, del tamaño de una casa, e intentaron saltarlo por encima. Solo el más joven lo consiguió, y decidieron que sería él quien iría a quitárselo a la anciana.

Al día siguiente, como de costumbre, los jóvenes salieron de la casa. Pero no fueron a cazar; se quedaron escondidos observando. Justo cuando la vieja se disponía a cocer su taro, el más joven salió de su escondite, le robó el tizón y corrió en dirección al árbol abatido. Lo saltó por encima y siguió corriendo. La vieja no pudo saltarlo y tuvo que quedarse allí.

Al saltar el árbol, una chispa se le quedó pegada a la mano. El joven sintió el dolor de la quemadura y dejó caer la tea. Así fue cómo prendió el árbol, que era un pandano.

En un agujero de aquel árbol vivía una serpiente cuyo nombre era Garubuiye. Al caerle la tea encima, la cola de la serpiente salió ardiendo y prendió como una antorcha. La vieja envió una tormenta y consiguió apagar el fuego, pero la serpiente seguía escondida en su agujero, y el fuego de su cola seguía encendido...

Cuando dejó de llover, los jóvenes se pusieron a buscar el fuego por todas partes. Encontraron el hueco del pandano, sacaron la serpiente y le cortaron la cola, que todavía estaba ardiendo.

A continuación juntaron un montón de yesca y encendieron fuego. Los habitantes de todos los pueblos acudieron para coger fuego y llevárselo a sus casas (traduzco de Gabrid Seligmann, 1910: 379-380).

Llama la atención que el concurso de saltos para decidir quién robará el fuego se encuentre asimismo en las versiones vascas del mito, según las cuales el Diablo —o unos basajaunes— era el único dueño del trigo. San Martín le propuso un concurso para ver quién era capaz de saltar sobre el montículo de cereal. El Diablo saltó en primer lugar y atravesó el silo sin dificultad. A continuación saltó San Martín y se dejó caer encima del montón. El Diablo entonces soltó una carcajada, ignorando que el santo había hundido los pies en el cereal, y que algunos granos habían entrado en sus zapatos. Resulta muy sugerente, además, que en los dos casos el objeto robado —el fuego, en Melanesia, y el grano de cereal en el País Vasco— quede atrapado en el obstáculo —el árbol o la montonera de trigo— sobre el que salta el *trickster*⁹.

Este otro testimonio, prácticamente idéntico al anterior, fue documentado entre los indígenas de Dobu, una isla del archipiélago de Entrecasteaux, que se extiende por el extremo sudoriental de Nueva Guinea:

Nuestros antepasados comían los alimentos crudos. Se dedicaban a cazar cerdos y se comían la carne cruda.

Un día todos los habitantes salieron a cazar y dejaron sola a una anciana. Entonces ella puso en un plato aparte los ñames que eran para los cazadores, sacó el fuego que tenía escondido en su vagina y se puso a hervir sus propios ñames en una olla.

Al acabar apagó el fuego y esparció las cenizas. Cuando llegaron los cazadores, ella les dio los alimentos crudos. Pero cometió un error: puso uno de los ñames cocidos entre el resto. Cuando lo probaron, a los hombres les gustó mucho, y se pusieron de acuerdo para vigilar a la anciana y descubrir qué había hecho con aquel ñame.

Al día siguiente uno de los cazadores vio el fuego de la vieja. Juntó unas hojas para hacer una antorcha, la encendió y regresó con ella a la aldea. Una vez allí prendieron varios montones de yesca.

Al ver que le habían robado el fuego, la anciana comenzó a gritar:

—¡Mi fuego! ¡Mi fuego! ¡Devuélvemelo!

Y al momento cayó fulminada, muerta.

El fuego se extendió y llegó a quemar muchas hierbas y arbustos, hasta que cayó una gran lluvia y terminó apagándolo todo.

Los hombres buscaron el fuego por todas partes, pero no hallaron ni rastro. Por fin encontraron una serpiente que se había colocado encima de un fuego. Se había quedado enrollada alrededor de las brasas. Desde aquel día esa serpiente tiene la parte inferior chamuscada (traduzco de Bromilow, 1912: 425-426).

Centenares de kilómetros hacia el Este, ya en las islas de Polinesia, encontramos otra variante del mito que narra cómo un héroe le arrebató el fuego a su abuela¹⁰ y se lo entregó después a los humanos para que pudieran cocinar los alimentos. En el archipiélago samoano de Gilbert, por ejemplo, la etnógrafa británica Rosemary Grimble

⁹ Sobre el motivo del salto en los paralelos vascos, véase Pedrosa (2000: 17-22 y 53-59).

¹⁰ Para un estudio específico de estas versiones polinesias, véase Luomala (1949).

anotó un paralelo, según el cual, un héroe llamado Bue se dirigió a la morada de la anciana Nei Temaing y le dijo:

—Te ruego que me des aquel árbol *uri*¹¹ para hacer palos de hacer fuego. Quiero usarlo para construir una canoa y navegar hacia el Este.

Nei Temaing se negó a entregárselo. Le dijo:

—Apáñatelas tú solo con lo que encuentres por ahí.

Pero resulta que las olas habían arrastrado unos pedazos de coral hasta las raíces del *uri*, y el árbol había quedado medio suelto. Bue solo tuvo que tirar un poco para arrancarlo, y después se escapó corriendo.

Nei Temaing se puso en pie y salió corriendo detrás de él. El héroe sabía que ella acabaría alcanzándolo, porque podía correr mucho más rápido. Así que pensó en la mejor manera de escaparse y se le ocurrió enviarle a la vieja los vientos que le había regalado el Sol. Los vientos empezaron a soplar y a soplar, pero no lograron detenerla. Luego desató los vientos que le había robado a Nei Bairara. Aquellos también soplaron y soplaron, pero no lograron detenerla. Por fin, desató los que le había robado a la propia Nei Temaing. Los vientos de Nei Temaing soplaron, se puso a llover y así fue como logró detenerla.

Bue se escapó con el árbol *uri*, del que se sacan los palos de hacer fuego (traduzco de Grimble, 2004: 135).

Este otro testimonio fue anotado hace más de ciento treinta años en las islas de Tokelau, concretamente en Fakaofu (o Isla de Bowditch), que es la más oriental del archipiélago:

Cuentan que un día Talanga fue a buscar a Mafuike, una vieja ciega, a las regiones del inframundo para pedirle que le diera un poco de fuego. Al principio ella se negó, hasta que Talanga la amenazó con matarla. Ella acabó cediendo y se lo dio.

Una vez que tuvo el fuego, dijo qué tipos de pescado debían comerse cocidos y cuáles crudos. Fue entonces cuando comenzó la era de los alimentos cocidos (traduzco de Turner, 1884: 270).

La versión que vamos a conocer ahora proviene de las Islas de la Unión, en el sudeste de Tokelau, y fue publicada por un administrador colonial británico destacado en Polinesia:

Un personaje aventurero, llamado Talanga, descendió hasta el inframundo y allí vio a una vieja que se llamaba Mafuike. Se la encontró justo cuando ella estaba cocinando con fuego.

Le dijo que, si no le daba el fuego, la mataría; y ella cedió a sus amenazas. Entonces Talanga escondió el fuego en el interior de una madera, y desde aquel día, sus descendientes usan esa misma madera para hacer fuego (traduzco de Home Thomson, 1902: 87).

En este otro paralelo —anotado por el misionero británico William Wyatt Gill hace casi un siglo y medio en la isla Rarontonga (en el archipiélago Hervey)— se narra cómo Maui se hallaba explorando las cavidades del mundo subterráneo, cuando, de repente:

¹¹ *Uri* es el término polinesio para la *Guettarda speciosa*.

Vio a una vieja que estaba cocinando sus alimentos en una hoguera. En la mano llevaba unas pinzas hechas con la nervadura de un coco y con ellas estaba levantando con cuidado un tizón. De vez en cuando le iba dando vueltas. Él creyó que aquel carbón era la comida.

Maui le preguntó su nombre, y entonces descubrió que aquella vieja no era otra que Inaporari, que significa «Ina la Ciega», su propia abuela (traduzco de Wyatt Gill, 1876: 65).

La versión polinesia más extensa y completa recogida hasta la fecha fue la que anotó el soldado, explorador y etnógrafo británico George Grey de boca de los maoríes de Nueva Zelanda (Grey, 1885: 45-49). La narración —que es demasiado larga como para ser reproducida aquí— arranca con el héroe polinesio Maui urdiendo un plan para hacerse con el fuego sagrado que custodia su abuela. Primero apaga todas las lumbres de su aldea y luego ordena a sus criados que le preparen algo de comer. Ellos intentan acatar la orden, pero no encuentran fuego por ninguna parte.

Entonces Maui se dirige a la morada de la vieja para pedirle un tizón. La anciana tira de una de sus uñas, y al instante salta una chispa del dedo; el héroe prende una tea y se marcha. Pero, al cabo de un rato, apaga la antorcha y regresa para pedirle fuego otra vez; ella tira de otra uña, y él vuelve a prender una tea. La operación se repite una y otra vez, hasta que a la abuela solo le queda una uña en un dedo del pie.

La vieja tira de ella, pero en lugar de prender la antorcha, deja caer el fuego en el suelo. La casa sale ardiendo, y el incendio se propaga rápidamente. Las llamas persiguen a Maui por todas partes, hasta que uno de sus ancestros envía una tromba de agua y consigue apagarlas. La tormenta también acaba extinguiendo la lumbre que ardía en la casa de su abuela, pero, justo en el último momento, ella lanza unas chispas a unas ramas cercanas a la cabaña, y desde aquel momento los hombres utilizan la madera de esos árboles para encender fuego¹².

LA ANCIANA Y EL ROBO DEL FUEGO EN AMÉRICA

De las islas y atolones polinesios vamos a dar ahora un salto de miles de kilómetros hasta el norte de California. Allí, en las altas montañas de Las Rocosas, a finales del siglo XIX, el folclorista estadounidense Jeremiah Curtin (1898: 365-370) recogió entre los indios yana una muy extensa versión de la anciana y el origen del fuego. El relato remonta a los tiempos míticos, cuando el dios Au Mujaupa era el único dueño del fuego en el mundo y vivía muy lejos de los hombres, en la orilla meridional de un gran río.

Una noche el lobo ascendió a la cumbre de una montaña y desde allí divisó un punto que relucía en el horizonte. Al día siguiente el lobo, el coyote y una anciana emprendieron el camino en aquella dirección, y al cruzar el gran río, encontraron la casa de Au Mujaupa. El lobo entró a hurtadillas, cogió unas brasas y se las pasó a la vieja, quien las escondió en sus dos orejas. El coyote y el lobo también cargaron con unos tizones, y después salieron corriendo de regreso a la aldea.

Nada más despertarse, Au Mujaupa se percató del robo y ordenó a sus criados que apagaran el fuego de los ladrones. Los criados enviaron una gran tormenta que apagó las brasas del lobo y del coyote. La anciana, en cambio, se cubrió una de las orejas con la

¹² Otras versiones pueden consultarse, por ejemplo, en Taylor (1870: 130-131) y White (1889: 108-110). El motivo del incendio tras el robo del fuego está indexado como A1031.2 (*World-fire after theft of fire*) en el índice de motivos folclóricos de Stith Thompson.

mano y consiguió salvar la mitad de las suyas. Al llegar a la aldea prendió una yesca, y los humanos pudieron saborear la comida cocida por primera vez.

Este testimonio yana resulta particularmente interesante, porque —al igual que algunas versiones de Oceanía— contiene el motivo de la persecución en forma de tormenta y de la posterior extinción del fuego robado¹³. Se trata, por tanto, de un indicio muy plausible de que las versiones oceánicas y la indígena californiana podrían estar emparentadas.

En otros lugares del continente americano el complejo narrativo de *La anciana y el robo del fuego* se encuentra pródigamente representado por un buen número de versiones. Su dominio geográfico se extiende, cuanto menos, hasta la mitad sur de Brasil, como atestigua esta versión de los ofaié, que habitan en el este del estado de Mato Grosso del Sur:

En otro tiempo la dueña del fuego era la madre del jaguar. Un día los animales se reunieron para robarle un tizón. El primero que lo intentó fue el armadillo. Fue a ver a la vieja con la excusa de que tenía frío. Le preguntó si podía calentarse al lado de la lumbre, y ella le dijo que sí.

Entonces empezó a acariciarla para que se durmiera, y cuando sintió que sus músculos empezaban a relajarse, cogió un tizón y salió corriendo. Pero en aquel momento ella se despertó y dio un silbido para despertar a su hijo, el jaguar, quien logró recuperar el tizón.

Lo mismo les sucedió al agutí, al tapir, al mono capuchino, al mono aullador y a todos los animales que lo intentaron. Solo el cuy, que es pequeñito, fue capaz de robárselo. Lo consiguió con una argucia muy diferente a las de los demás.

Llegó a la casa del jaguar y le dijo directamente:

—Buenos días, abuela, ¿cómo estás? He venido a llevarme el fuego.

Y cogió un tizón, se lo ató al cuello y se marchó.

La anciana le dio un silbido al jaguar, y este salió corriendo para cortar el paso al cuy, pero el ladrón consiguió escabullirse. El jaguar lo persiguió, pero el cuy le sacaba varios días de ventaja. Al final consiguió darle alcance en la otra orilla del Paraná.

Entonces le dijo el cuy:

—Dime, ahora que has perdido el fuego, ¿cómo te las vas a apañar para sobrevivir? (traduzco de Lévi-Strauss, 1964: M56).

El paralelo ofaié que acabamos de conocer contiene el episodio de los animales que fracasan en sus intentos por apoderarse del fuego¹⁴ —que ya conocimos en una versión de Papúa Nueva Guinea (Haddon, 1908: 29-30), y que en las siguientes páginas volveremos a encontrar en varios testimonios mesoamericanos— así como el motivo de la persecución tras el robo —que también aparecía en la versión de los yana de California (Curtin, 1898: 365-370) y en un paralelo polinesio (Grimble, 2004: 135). Estas analogías con las versiones de las islas del Pacífico constituyen otro indicio más de que las variantes amerindias y oceánicas debieron de nacer del mismo embrión.

¹³ El episodio se encuentra en paralelos de Papúa (Gabrid Seligmann, 1910: 379-380; y Bromilow, 1912: 425-426), del archipiélago polinesio de Gilbert (Grimble, 2004: 135) y de Nueva Zelanda (Grey, 1885: 45-49; Taylor, 1870: 29-30; y White, 1889: 108-110). Los mismos episodios del incendio y de la persecución por una tormenta se encuentran en algunas versiones de los pueblos mesoamericanos, entre ellos los yaquis (Giddings, 2008: 148-150) y los cora (véase López Austin, 2006: 124, *apud* «Preuss, 1912: 180-181»).

¹⁴ Este pasaje corresponde al motivo indexado como A1415.2 (*Theft of fire by animals*) en el catálogo internacional de Stith Thompson. Sobre estos emisarios animales y el simbolismo del fuego como elemento transformador de los alimentos, véase Pedrosa (2003: 51-52).

Al norte de las selvas amazónicas, en la costa caribe, encontramos también varios paralelos del mito de la anciana y el fuego. Este, por ejemplo, fue documentado entre los waraos, que residen en torno al delta del Orinoco, entre Venezuela y Guayana:

Cuentan que una mujer murió al dar a luz a los gemelos llamados Makunaima y Pia. Una vieja llamada Nanyobo, que es el nombre de una especie de ranas grandes, se ocupó de criarlos con ternura y de alimentarlos.

Cuando se hicieron mayores, solían ir a la playa a cazar y pescar. Cada vez que sacaban algún pez, la anciana les decía:

—Tenéis que secar el pescado al sol. No se os ocurra hacerlo nunca con fuego.

Solía enviarlos en busca de leña, y cuando regresaban, se encontraban con los pescados ya cocidos y listos para comer. Ella vomitaba fuego y cocinaba la comida. Cuando acababa, apagaba el fuego tragándose. Lo hacía siempre sin que los muchachos la vieran.

Lo mismo sucedía todos los días, y los jóvenes empezaron a sospechar; no podían explicarse cómo la anciana conseguía cocinar sin fuego. Así que, cuando volvió a enviarlos por leña, uno de los gemelos se convirtió en lagarto. Regresó a la casa, subió al techo y se quedó observándola. Entonces vio que la vieja vomitaba fuego, cocinaba y se volvía a tragar el fuego. El muchacho bajó del techo y corrió a buscar a su hermano. Se pusieron a hablar sobre el asunto y decidieron matar a la anciana.

Limpiaron un campo grande y en medio dejaron un hermoso árbol. Allí ataron a la mujer, la rodearon de haces de leña y prendieron fuego. Ella empezó a consumirse en las llamas y el fuego que había en su cuerpo se iba extendiendo a la leña de alrededor, que era de una madera a la cual los indios llamaban *hima-heru*. Hoy en día siguen haciendo fuego con esa madera, frotando dos palos (traduzco de Roth, 1915: 133).

Este otro testimonio también fue recogido entre los waraos de Venezuela:

Aguajabara, jecunu equida, jocoji ajeraguaitu. Al principio no había fuego; en cambio el sol era abrasador y con él preparaban los indios la yuruma y asaban el pescado.

Pero descubrieron que en una ranchería había una vieja que en la noche, cuando dormía, ponía debajo del chinchorro¹⁵ un carbón encendido.

Una noche un indio intentó cogerle ese tizón a la vieja y para ello se fue caminando poco a poco a donde ella estaba acostada. Cuando ya se lo iba a coger, la vieja se dio cuenta, se levantó, cogió el tizón y lo tragó.

El indio dejó tranquila a la vieja y a la noche siguiente intentó nuevamente cogerle el tizón, pero tampoco lo pudo conseguir. Esa vieja tragaba el tizón y llevaba el fuego dentro de ella.

Un día salieron casi todos los indios de la ranchería a buscar la fruta llamada *muji*. Regresaron cargados de esa sabrosa fruta y le dieron parte a la vieja que se había quedado en casa. Como ella nunca la había comido, al probarla decía:

—Qué fruta tan sabrosa; ¿por qué no me traéis más?

Dijéronle los indios; esa fruta es muy escasa; ven con nosotros otro día a buscarla.

Al poco tiempo volvieron al monte los indios a buscar la fruta y la vieja también fue con ellos. Llegaron al árbol que la produce y el indio que se subió arriba le dijo a la vieja:

—Ponte debajo del árbol para que cuando yo tire las frutas puedas coger en abundancia.

Subió el indio más arriba y la vieja se puso debajo del árbol, en espera de la fruta tan sabrosa. El árbol le cayó encima a la vieja. Como era tan pesado, al aplastarla, la vieja se reventó y salió de ella una gran llamarada.

¹⁵ En muchas regiones de Sudamérica *chinchorro* es el término utilizado para «hamaca».

Este fuego que salió de la vieja es diferente a todos los demás. Todos los otros fuegos se apagan; pero el fuego que sacan los indios del palo *jimareju* ese nunca se apaga, porque es el fuego que salió de esa vieja. De esa manera los guaraos tuvieron fuego (Fraile Velásquez, 2013: 99).

La versión que vamos a conocer a continuación fue narrada por un informante de la etnia pemón, que habita entre la Gran Sabana venezolana y el norte de Brasil, y dice así:

Antaño, cuando los hombres todavía no tenían fuego, vivía una anciana llamada Pelenosamo que tenía el fuego en su cuerpo y que lo sacaba cada vez que quería cocer la yuca para hacer pasteles. A los demás no les quedaba otro remedio que secar la yuca al sol.

Un día una joven vio cómo la vieja sacaba el fuego de su cuerpo y fue a contárselo a los demás. Se reunieron todos y fueron a casa de la vieja para pedirle que les diera fuego.

Ella se negó; les dijo que no tenía. Entonces la cogieron y la ataron de brazos y piernas. Esparcieron combustible alrededor de la vieja y empezaron a estrujarla con las manos hasta que, al final, el fuego acabó saliendo del cuerpo.

En aquel momento el fuego se transformó en las piedras de las que salen chispas al golpearlas unas contra otras (traduzco de Koch-Grünberg, 1920: núm. 76).

Esta otra versión fue recogida entre los indígenas uitotos del sur del departamento del Amazonas, en Colombia:

Hasta entonces el casabe se preparaba calentando la yuca en la axila o en la corva, o bien al sol. Cierta día, cuando todos los adultos se van a traer yuca, llega una anciana donde los niños que se han quedado. Se trata de la «mujer-fuego» (*raaikiño*), llamada también «dormilona» (*uzuño fakueño*), de acuerdo con el pájaro nocturno dormilón. Ella hace que le muestren su casabe y que le cuenten la manera como lo preparan; pero les dice que al consumir cruda la raíz manchan sus bocas, y que ella posee el fuego para la preparación de la raíz. Después de ello manda traer leña, extrae el fuego de su boca, toma de su cesto todos los utensilios necesarios para preparar el casabe y lo tuesta. Este casabe es del agrado de los niños.

Cuando los padres están por llegar, ella empaca todo de nuevo, apaga el fuego y conmina a los niños para que no cuenten nada de lo sucedido. Todas las preguntas de los padres, de cómo han tostado el casabe, quedan sin respuesta. Al día siguiente se repite la misma escena.

La anciana suministra a los niños el nombre de las distintas clases de casabe y de los utensilios usados para su preparación. Al regresar sus padres, los niños no pueden resistir más a sus preguntas y cuentan todo. Entonces sus padres los exhortan a robar, en la siguiente oportunidad, el fuego, lo cual sucede. Mientras es tostado el casabe guardan un poco de brasa en una ollita, atizan el fuego amarillo y cada uno toma algo de él y lo lleva a su casa, a su pueblo. Una vez más llega la anciana. Se muestra amistosa con los niños, aun cuando ya se ha enterado del robo; les recomienda fabricar tiestos. Luego, la mujer del fuego, la dormilona, descansa al lado de la explanada, en la ceniza del fogón (Preuss, 1994: 87).

El mito de *La anciana y el robo del fuego* es también muy conocido en las culturas de Mesoamérica. Según la mayoría de las versiones mexicanas¹⁶, por ejemplo, los

¹⁶ El mito es conocido por gran número de grupos étnicos mexicanos, entre los que pueden contarse los totonacas, los nahuas, los tepehuas, los tlapanecas y los huicholes (véanse Ichon, 1973: 95-96; Taggart,

hombres enviaron, sin éxito, a varios emisarios animales para hacerse con el fuego que custodiaba una vieja¹⁷. No consiguieron hacerse con él, hasta que la astuta zarigüeya se presentó en la morada de la mujer, prendió el extremo de su cola en la lumbre y se escapó después para dárselo a los humanos¹⁸.

Este, por ejemplo, es un paralelo náhuatl que recopiló la etnógrafa e ilustradora mexicana Cleofás Ramírez Celestino:

—En el principio existieron dos niños que eran ni más ni menos que el Sol y la Luna. Una viejita que pescaba en el río con ayate los encontró y al recogerlos murmuró:

—Ahora ya tengo mis hijos.

Y se alegró mucho. Los niños crecieron muy traviesos, y llegó un buen día en que le preguntaron a la viejita por sus padres.

—¿En dónde están nuestros papás? Queremos conocerlos.

La viejita les contestó:

—El padre de ustedes no está aquí: vive en el monte.

Y entonces aprovechó para preguntarles si querían llevarle algo de comer, y así lo podrían conocer. Ellos le contestaron:

—Sí, vamos a ir, porque realmente lo queremos conocer.

Y la ancianita preparó la comida, y les indicó a qué lugar la llevarían. Y entonces fueron a llevarla, pero por más que buscaron, no encontraron a su padre, sino a un venado. Y se dijeron:

—Este venado no puede ser nuestro padre.

Inmediatamente mataron al venado, y lo cargaron llevándolo hacia un gran cerro donde sabían que había una hechicera, que custodiaba el fuego de todo el mundo. Y cuando los niños llegaron donde estaba la hechicera, le pidieron fuego para cocinar una barbacoa de venado.

Pero la mujer no quiso darles nada, porque pensaba que iban a quemar el monte. Y entonces, los niños le pidieron al tlacuache que él fuera con la hechicera, a conseguir el fuego que el Sol y la Luna (esos niños) anhelaban.

Y el tlacuache se metió al río y de inmediato, todavía mojado, se presentó con la hechicera. Humildemente, titiritando, le dijo:

—Madrecita, tengo frío. Hazme un lugarcito junto a tu lumbre para calentarme.

Y la hechicera le creyó. Y el tlacuache aprovechó un descuido y metió la cola en la lumbre. Así obtuvo el fuego para que el Sol y la Luna pudieran hornear el venado y comérselo en barbacoa. Desde entonces, el tlacuache no tiene pelos en la punta de su cola (Ramírez y Flores, 1995: 6-13).

Los animales enviados a robar el fuego aparecen en esta versión que fue narrada en triqui de Copala (una variedad de la familia lingüística mixteca) y traducida al español por Elena Erickson De Hollenbach:

1983: 103-104; Williams García, 1972: 67; Williams García y García Ramos, 1980: 31; Rojas, 1992: 52-53; y López Austin, 2006: 267-268).

¹⁷ Se trata, de nuevo, del motivo A1415.2 (*Theft of fire by animals*) que ya comentamos unas páginas atrás a propósito de las versiones de los papúes del Estrecho de Torres (Haddon, 1908: 29-30), de los yana de California (Curtin, 1898: 365-370) y de los ofaí del Mato Grosso del Sur (Lévi-Strauss, 1964: M56).

¹⁸ Para un estudio pormenorizado de las variantes mexicanas, véase López Austin (1996). El motivo del fuego robado y transportado en la cola de un animal se encuentra en multitud de versiones distribuidas por los cinco continentes, no todas relacionadas con *La anciana y el robo del fuego*. Frazer, por ejemplo, mencionaba una versión sudanesa protagonizada por un perro que transportó el fuego en su cola (Frazer, 1930: 122, *apud* «Hofmayr, 1925: 366») y Karsten otra jibara, según la cual, el ladrón era un colibrí (Karsten, 1919: 333-334).

Quedó bien sujetado; y entonces: «¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo puede cocerse la carne?» pensaron también en aquel momento. Pero así es que el pájaro habló otra vez; y:
—No le hace —y— ¡manda a una persona que va a ir! Y va a ir a agarrar la lumbre —y— ¡haz un horno y lleva la carne para que coma la viejita! Así es que así va a querer la viejita —el pájaro les dijo también.

Y así es que hablaron con la zorra para que fuera a agarrar la lumbre, pero la zorra no consiguió la lumbre. Y:

—¿Qué te vas a hacer si te falta la lumbre? —le dijo la viejita, preguntándole.

Y la zorra se avergonzó y vino. Y así es que hablaron también con el tlacuache; y:

—¡Vete a meterte nomás en el agua!

Y:

—¡Tengo mucho frío, abuelita, dile a ella! Y aquella viejita no va a darse cuenta. No es necesario que la agarres y vayas. Y solamente referente a tu cola, ¡métela nomás en la lumbre! Y aquella viejita no va a darse cuenta. ¡Y dile que tienes frío y tráela pronto! —le dijo el dios del sol.

Y el tlacuache llegó bien y fue y se bajó nomás en el agua y metió su cola en la lumbre del tenamaxtle y estaba sentado y estaba calentándose. Y:

—Tengo frío, abuelita; tengo frío, abuelita —le dijo.

Y miró y la metió y la sacó bien para mirar. La lumbre no la había pegado bien, pero la metió otra vez; y seguramente la lumbre la había pegado bien. Después la sacó de una vez y huyó mucho y se fue. Y:

—¡Deja la lumbre! ¿Cómo te atreves tú, boca de gusano y boca de mosca, a hacer así? Vas a hacer que la lumbre se pegue a la ladera del cerro —le dijo la viejita.

La viejita lo regañó, gritando; y salió para afuera. Y el tlacuache se fue rápidamente de una vez; y el venado se hizo barbacoa.

—¡Haz así ahora que la lumbre ha venido y haz un horno! —les dijo también el pájaro.

Pues el pájaro habló otra vez. Y:

—¡Haz un horno y lleva un poco de carne para que coma la viejita! Así va a querer la viejita a comer la carne de su esposo —les dijo el pájaro.

Y así es que los dos muchachos consiguieron la carne y regresaron (De Hollenbach, 1977: 163-164).

El paralelo que vamos a conocer a continuación fue registrado a un informador mazateco en la localidad oaxaqueña de Huautla de Jiménez:

Dicen que esta era una vieja que consiguió detener la lumbre cuando apenas se desprendió de algunas estrellas o planetas. Ella no tuvo miedo y fue a traerla donde se cayó la lumbre y así la detuvo mucho tiempo, hasta que llegó un tiempo en que todos pensaron que esa lumbre iba a ser para todos y no para la vieja nada más; y entonces se iban las gentes a la casa de la vieja a pedir lumbre; pero la vieja se puso brava y no quería dar a ninguno. Y así corrió el tiempo y corría la voz de que aquella vieja ya consiguió detener la lumbre, pero no quería regalar. Entonces intervino el tlacuache y dijo a los asistentes:

—Yo, tlacuache, me comprometo a regalar la lumbre, y si no me van a comer ustedes.

Entonces hubo una burla muy grande al pobre animal, pero este, muy sereno, contestó así:

—No me sigan burlando, porque la burla es para ustedes mismos, no es para mí, así que esta misma tarde verán ustedes cumplidas mis promesas.

Al caer la tarde del mismo día, pasó el tlacuache visitando casa por casa diciendo que él iba a traer la lumbre hasta donde está la vieja, pero que los demás recogieran cuanto puedan. Y así llegó hasta la casa de la vieja y le habló así:

—Buenas tardes, Señora Lumbre, ¡qué frío hace! Yo quisiera estar un rato junto a la lumbre y calentarme, porque me muero de frío.

La vieja creyó que era cierto que tenía frío el tlacuache y le admitió acercarse a la lumbre al tlacuache; pero este, muy astuto, se fue arrimando más y más hasta poder meterse en la lumbre, metiendo su cola y así poder llevar. Pues una vez ardiendo su cola se fue corriendo a repartir la lumbre hasta donde pudo alcanzar.

Y fue por eso que hasta ahora los tlacuaches tienen la cola pelada (Incháustegui, 1977: 67-68).

Vamos a concluir nuestro recorrido por las tradiciones amerindias de *La anciana y el robo del fuego* con una versión recogida entre los chatinos del sureste de Oaxaca. Nótese que en ella no aparece la figura de la anciana, pero sí se menciona que el tlacuache que robó el fuego era un *viejito*:

Antes los dioses tenían fiestas, celebraban sus fiestas, pero no tenían qué tomar ni qué fumar, no podían platicar porque no tenían luz, no tenían fuego. En la casa de los demonios, en cambio, se escuchaba el ruido, el baile, la fiesta, los gritos. Los dioses se preguntaban cómo harían para tener todo lo que había en aquella casa. Preguntaron a todos sus amigos, a todos los animales. Entonces el tlacuache dijo que él podía dar una ayuda:

—Voy a traer todo lo que están ocupando allá, para tenerlo también aquí.

—Está bueno, pues, vete entonces. Se fue el tlacuache y llegó a donde estaban los demonios. Al llegar se sentó en un rincón de la casa donde estaban haciendo su fiesta. Cuando los demonios lo vieron dijeron:

—Vamos a invitar al viejito.

Y lo hicieron pasar y sentarse a la mesa donde estaban comiendo. Le invitaron una copa de mezcal y después de tomarla, el tlacuache dijo:

—No me alcanza con esta copa, necesito tomar bastante para emborracharme.

Y le dieron más mezcal y cigarros. Ellos creían que el tlacuache estaba bebiendo, pero todo lo que tomaba se lo echaba en una bolsa¹⁹; allí echó todos los cigarros y el mezcal que le dieron. Cuando se dio cuenta de que su bolsa estaba llena dijo:

—Bueno, ya me voy porque me siento borracho.

Los demonios le preguntaron que si no quería que lo llevaran a su casa, pero él les contestó que podía llegar solo. Se paró entonces el tlacuache, y empezó a tambalearse y a caerse de un lado para el otro, como si estuviera bien borracho.

Los demonios se reían de él. El tlacuache tropezaba y tropezaba por toda la casa, hasta que llegó a donde estaba el fuego y se cayó sobre la lumbre. Se cayó en la lumbre y se prendió fuego en todo su pelo.

Cuando se sintió quemar se fue corriendo, llevándose el fuego, los cigarros y el mezcal. Trató de llegar a la casa de los dioses, pero a medio camino ya no pudo aguantar el calor del fuego. Se acercó a un tronco seco y allí se quedó pegado al palo hasta que la lumbre prendió en la madera. Allí dejó el fuego y se apuró a llegar a la casa de los dioses. Llegó adonde lo estaban esperando los dioses y dijo:

—Ya vine, traje todo lo que ocupan en la fiesta. Nada más me faltó traer el fuego, porque no pude aguantar el calor; pero lo dejé a mitad del camino. Cuando escucharon esto, los dioses mandaron traer la lumbre, por eso es que hasta ahora el tlacuache tiene sus orejas y su cola peladas, porque se quemó cuando traía el fuego. Y así fue que quedó la costumbre de ahora.

¹⁹ El tlacuache o «zarigüeya» es un marsupial (el único que habita en territorio americano), de ahí que metiera los cigarros y la bebida en su *bolsa*, que no es, ni más ni menos, que el marsupio.

Por eso en todas las fiestas hay fuego, hay luz y podemos conversar hasta tarde en la noche. Por eso lo primero que se da a un invitado que llega a la casa, o a un amigo que uno encuentra, es el mezcal y los cigarros, por eso cada vez que hay fiesta hay mezcal, cigarros y luz (Bartolomé y Barabas, 1982: 111-112).

Esta versión presenta analogías muy interesantes con las del Mediterráneo. Aquí, por ejemplo, los propietarios del fuego eran unos demonios, como sucedía también en los dos paralelos argelinos. Y al igual que en el testimonio provenzal, el alboroto y el humo tabaco de la fiesta estaban irritando a los dioses —por envidia, según el paralelo chatino, o porque los hombres se estaban alejando de la religión, según el francés y el bereber de Azazga. Las divinidades envían, entonces, a un emisario (a San Gabriel, en la versión francesa, y al tlacuache en la mexicana) para apoderarse del fuego —en el testimonio mexicano— o para vendérselo a los buenos y devotos creyentes, en el provenzal. El resultado, tanto en una como en otra versión, fue que la humanidad pudo gozar definitivamente del fuego, del tabaco, de los banquetes y de las fiestas.

REDUCTOS DE UN ARCAICO MITO UNIVERSAL

Va llegando el momento de poner punto final a este estudio. En estas páginas hemos identificado dos variantes de *La anciana y el robo del fuego*, y hemos localizado testimonios de las dos en varias regiones del planeta. Según una de ellas, una vieja hurtó las primeras brasas a unos demonios o a una divinidad y luego se las entregó a los hombres; según la otra, la guardiana del fuego primitivo era una vieja, y los hombres recurrieron una argucia para arrebatárselo. Pero en este vasto complejo narrativo es posible reconocer muchos subtipos más, y en cada uno de ellos se agrupan decenas de versiones —muchas de ellas contaminadas con otros subtipos o con otros relatos diferentes—, por lo que resulta prácticamente imposible desenredar, uno por uno, los hilos de esa intrincada madeja.

Lo que sí estamos en condiciones de afirmar es que el origen de estas narraciones se remonta a una época muy remota, probablemente inmemorial, porque los paralelos se hallan dispersos por regiones muy alejadas unas de otras, como Las Rocosas, Mesoamérica, la costa caribeña de Sudamérica, la Amazonia, el Gran Chaco, el Mediterráneo occidental y las islas de Oceanía. Y por la misma razón, es prácticamente seguro que antaño el mito fuera conocido en otros parajes y en otros idiomas. Puede que queden incluso reductos actuales a los que no hemos podido o sabido llegar. Pero nuestras certezas se acaban aquí; todo lo demás son conjeturas.

Nunca sabremos, por ejemplo, en qué lugar del mundo se originó el motivo del fuego oculto en el cayado de la anciana, que conocimos en las tres versiones mediterráneas y que después volvimos a encontrar en tres australianas (Brough Smyth, 1878: 459, Ridley, 1873: 278, Howitt, 1904: 430). Tal vez la vara hueca portadora de las brasas naciera en forma de cañaheja, como suelen precisar los relatos de tipo prometeico²⁰, y migrara después —ya transformada en bastón— a la trama de los relatos míticos protagonizados por ancianas. Pero también pudo haber un recorrido en sentido contrario. O quizá en las primeras versiones el receptáculo donde fue robado el fuego fue la cola de un animal (de lagarto, de serpiente, de zarigüeya o de cualquier otro animal con funciones de *trickster*) y más tarde —por metonimia— se convirtió en un cayado. O acaso,

²⁰ Sobre los diversos lugares en los que el *trickster* oculta el fuego, véase Pedrosa, Astigarraga, y Kalzakorta, 2008: 40-50.

en las versiones primitivas, el fuego fue robado en unos genitales —femeninos o masculinos—, como prefieren detallar algunos mitos del robo del fuego²¹.

Fuera como fuera, nuestra intuición nos dice que el panorama de subtipos, motivos y personajes de *La anciana y el robo del fuego* no debió de ser mucho más sencillo en el pasado. Lo más probable es que, ya desde los primeros años de su existencia, el mito se transmitiera en multitud de variantes, pues sabemos por experiencia que los narradores suelen combinar unos relatos con otros y que toman todo tipo de elementos de aquí y de allá, ya sea de manera deliberada o, simplemente, por descuido, o por olvido. De hecho, es muy plausible que esa amalgama de argumentos, de motivos y de personajes haya sido consubstancial a la narrativa oral desde sus primeros balbuceos, y que la innovación constante sea inherente al genio narrativo del ser humano.

OBRAS CITADAS

- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto y BARABAS, Alicia (1982): *Tierra de la palabra. Historia y etnografía de los chatinos de Oaxaca*, Oaxaca, Instituto Nacional de Antropología e Historia / Centro Regional de Oaxaca.
- BERENGER-FERAUD, Laurent Jean Baptiste (1891): «Le feu de Prométhée chez les provençaux de nos jours», *La tradition. Revue générale des contes, légendes, chants, usages, traditions et arts populaires*, 5, 129-132.
- BROMILOW, William Edward (1912): «Dobuan (Papuan) Beliefs and Folklore», *Report of the Thirteenth Meeting of the Australasian Association for the Advancement of Science held at Sidney, 1911*, pp. 425-426.
- BROUGH SMYTH, Robert (1878): *The aborigines of Victoria. With notes relating to the habits of the natives of other parts of Australia and Tasmania*, 2 vols., Londres, Trubner, vol. I.
- CURTIN, Jeremiah (1898): *Creation Myths of Primitive America*, Boston, Little Brown.
- DE HOLLENBACH, Elena Erickson (1977): «El origen del sol y de la luna. Cuatro versiones en el trique de Copala», *Tlalocan*, 7, 123-170.
- FRAILE VELÁSQUEZ, Jenny Nohemí (2013): «Miradas al análisis de cuatro mitos venezolanos desde la perspectiva de Lévi-Strauss de lo crudo y lo cocido», *Revista de Comunicación de la Sociedad Española de Estudios de la Comunicación Iberoamericana*, 17, 31, pp. 88-114.
DOI: <https://doi.org/10.15198/seeci.2013.31.88-114>
- FRAZER, James George (1930): *Myths of the Origin of Fire*, Londres, Macmillan.
- GABRID SELIGMANN, Charles (1910): *The Melanesians of British New Guinea*, Cambridge, Universidad de Cambridge.
- GIDDINGS, Ruth Warner (2008, 1959 para la primera edición): *Yaqui myths and legends*, Tucson, Universidad de Arizona.
- GREY, George (1855): *Polynesian Mythology & Ancient Traditional History of the New Zealand Race*, Londres, John Murray.

²¹ Para la relación mítica entre los genitales masculinos y la caña hueca en que el *trickster* transporta el fuego robado, véanse Pedrosa, Astigarraga, y Kalzakorta (2008: 45-47), Pedrosa (2001) y Rabarijaona (2007: 145-146). Recuérdese, asimismo, que en varias versiones papúas la anciana escondía el fuego primordial en su vagina (Bromilow, 1912: 425), «bajo la falda» (Tomlinson, 1929: 2), «entre sus piernas» (Gabrid Seligmann, 1910: 379-380) o en el interior de su cuerpo (Fraile Velásquez, 2013: 99; Roth, 1915: 133, y Koch-Grünberg, 1920, núm. 76).

- GRIMBLE, Rosemary (2004): *Migrations, Myth and Magic from the Gilbert Islands. Early Writings of Sir Arthur Grimble* (1.^a ed.: 1972), Londres, Routledge.
- HADDON, Alfred Cort (1908): *Reports of the Cambridge Anthropological Expedition to Torres Straits*, 6 vols. (1901-1935), Cambridge, Cambridge University Press, vol. VI.
- HAMILTON, Robert (1885): «Australian Traditions», *The Scottish Geographical Magazine*, 1/7, pp. 283-286. DOI: <https://doi.org/10.1080/14702548508553847>
- HOME THOMSON, Basil (1902): *Savage Island. An Account of a Sojourn in Niue and Tonga*, Londres, John Murray.
- HOPKINS, Patrick (1998): *Sex / Machine. Readings in Culture, Gender, and Technology*, Bloomington e Indianápolis, Universidad de Indiana.
- HOWITT, Alfred William (1904): *The Native Tribes of South-East Australia*, Londres, Macmillan.
- HUNT, Archibald (1899): «Ethnographical Notes on the Murray Islands, Torres Straits», *Journal of the Anthropological Institute*, 28, 1, p. 19.
DOI: <https://doi.org/10.2307/2842924>
- ICHON, Alain (1973): *La religión de los totonacas de la sierra*, México D.F., Instituto Nacional Indigenista / Secretaría de Educación Pública.
- INCHÁUSTEGUI DÍAZ, Carlos (1977): *Relatos del mundo mágico mazateco*, México D.F., Centro Regional Puebla-Tlaxcala / Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- KARSTEN, Rafael (1919): *Mitos de los indios jíbaros (shuará) del oriente del Ecuador*, Quito, Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos.
- KOCH-GRÜNBERG, Theodor (1920): *Indianermärchen aus Südamerika*, Lena, Eugen Diederichs.
- LEVI-STRAUSS, Claude (1964): *Le cru et le cuit*, París, Plon.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo (2006, primera edición de 1990): *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México D.F., UNAM.
- LUOMALA, Katherine (1949): *Maui-of-a-thousand-tricks. His Oceanic and European biographers*, Honolulu, Bishop Museum.
- PEDROSA, José Manuel (2003): «Lo crudo y lo cocido: teoría, símbolo, texto (de Lévi-Strauss al cuento tradicional)», *Revista de Folklore*, 23, 266, pp. 39-54.
- PEDROSA, José Manuel (2001): «Literatura, antropología y psicoanálisis: Prometeo, Freud y Lévi-Strauss», *Literary Research*, 18, 35, pp. 70-78.
- PEDROSA, José Manuel (2000): «Del Himno a Démeter pseudo-homérico al romance de *La nodriza del infante*. Mito, balada y literatura», Rafael Beltrán (ed.), *Historia, reescritura y pervivencia del romancero. Estudios en memoria de Amelia García-Valdecasas*, Valencia, Universidad de Valencia, pp. 157-185.
- PEDROSA, José Manuel, ASTIGARRAGA, Asier y KALZAKORTA, Jabier (2008): *Gilgamesh, Prometeo, Ulises y San Martín. Mitología vasca y mitología comparada*, Vitoria, Fundación José Miguel de Barandiaran.
- PREUSS, Konrad Theodor (1912): *Die Nayarit-Expedition. Textaufnahmen und Beobachtungen unter Mexikanischen Indianern*, 3 vols., Leipzig, B. C. Teubner, vol. I.
- PREUSS, Konrad Theodor (1994, 1921-1923 para la edición original en alemán): *Religión y mitología de los uitotos. Recopilación de textos y observaciones efectuadas en una tribu indígena de Colombia, Suramérica*, 4 vols., Ricardo Castañeda Nieto (trad.): Bogotá, Universidad Nacional, vol. I.

- RABARIJAONA, Harinirinjahana (2007): «Mitos y leyendas de Madagascar», *Oráfrica*, 3, pp. 139-180.
- RAMÍREZ CELESTINO, Cleofás y FLORES FARFÁN, José Antonio (1995): *El tlacuache (Tlakwatsin)*, México D.F., Comisión Nacional de los Derechos Humanos / CIESAS / Linguapax.
- RIDLEY, William (1873): «Report on Australian Languages and Traditions», *Journal of the Anthropological Institute*, 2. DOI: <https://doi.org/10.2307/2841174>
- ROJAS, Emilio (2008): *Leyendas, cuentos, fábulas, apólogos y parábolas*, México D.F., Expresión y tiempo.
- ROTH, Walter Edmund (1915): «An Inquiry into the Animism and Folk-lore of the Guiana Indians», *Thirtieth Annual Report of the Bureau of American Ethnology 1908-1909*, Washington, Government Printing Office, pp. 103-386.
- TAGGART, James (1983): *Nahuat myth and social structure*, Austin, Universidad de Texas.
- TAYLOR, Richard (1870): *The Ika A Maui or New Zealand and its Inhabitants*, Londres, Wertheim and Macintosh.
- THOMPSON, Stith (1955-1958): *Motif-Index of Folk Literature. A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, Bloomington, Universidad de Indiana-Rosenkilde & Bagger.
- TOMLINSON, Samuel: «The Fire and the Dog», *The Papuan Villager*, 15 de febrero de 1929.
- TURNER, George (1884): *Samoa a hundred years ago, and long before, together with notes on the cults and customs of twenty three other islands in the Pacific*, Londres, Macmillan.
- URQUHART, Frederic Charles (1885): «Legends of the Australian Aborigines», *Journal of the Anthropological Institute*, 14, 1, pp. 87-88.
DOI: <https://doi.org/10.2307/2841487>
- WATERMAN, Patricia Panyity (1987): *A Tale-Type Index of Australian Aboriginal Oral Narratives*, Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, FF Communications.
- WHITE, John (1889): *The Ancient History of the Maori. His Mythology and Traditions*, 6 vols. (1887-1890), Londres, George Didsbury, vol. II.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto (1972): *Mitos tepahuas*, México D.F., Secretaría de Educación Pública.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto y GARCÍA RAMOS, Crescencio (1980): *Tradición oral en Tajín*, Xalapa, Cultura de Veracruz.
- WYATT GILL, William (1876): *Myths and Songs from the South Pacific*, Londres, Henry S. King.

Fecha de recepción: 13 de octubre de 2018
Fecha de aceptación: 3 de diciembre de 2018

